



«Los madrileños, como movidos por un gran resorte, se movilizaron hacia las trincheras, a ocupar los puentes, a montar barricadas, a acantonarse en los puntos por los que el ataque rebelde intentaría su penetración en la mole urbana de la ciudad.»

El 6 de noviembre de 1936 Madrid resistió el asalto de las tropas que la asediaban en la guerra civil. Fue un hecho que trascendió de sus propios límites locales y aún de la calificación meramente histórica para entrar en la crónica sentimental del mundo, una epopeya civil, un asunto que, además de nombres, se refería a mujeres, niños y ancianos. Traemos la crónica a este aniversario de noviembre. Rafael Abella, historiador de lo cotidiano, hace un relato sencillo y conmovedor. Y Santiago Álvarez ofrece un testimonio: el de un comisario político, miembro del partido comunista, que fue uno de los protagonistas militares de la defensa.

Noviembre 1936

# CUANDO MADRID FUE CAPITAL DEL MUNDO

RAFAEL ABELLA

E

N la noche del día 4 de noviembre de 1936, Getafe, Alcorcón y Leganés habían sido ocupados por las fuerzas rebeldes que procedentes de Marruecos marchaban sobre Madrid, contando con que la conquista de la capital de España significara el definitivo triunfo del pronunciamiento militar, iniciado el 18 de julio contra la República española. Aquel mismo día, el general Varela, responsable del ataque a Madrid, declaró a los periodistas que

como corresponsales de guerra seguían las operaciones desde el bando nacionalista:

«Pueden ustedes anunciar al mundo que Madrid será tomado esta semana.»

En la zona ocupada por los sublevados, los preparativos para celebrar la entrada en Madrid no omitían detalle. En La Coruña, la alcaldía había hecho público el siguiente anuncio: «La toma de Madrid por el Glorioso Ejército Español, será dada a conocer por medio del disparo de 12 bombas de palenque». En Valladolid, la Electrica vallisoletana ofrecía fluido gratis a sus abonados para las iluminaciones exteriores destinadas a festejar la conquista de la capital. En Sevilla se había dispuesto a la virgen del Rocío para ser paseada procesionalmente por Madrid apenas los atacantes consiguieran su objetivo. En aspectos menos folklóricos, ocho consejos de guerra estaban preparados para hacer su entrada en Madrid y proceder sumariamente contra los miles de fichados por rojos, cuya detención se daba como segura. Falangistas y tradicionalistas habían hecho un reparto anticipado de posesiones entre las que entraban los locales de las entidades frente-populistas y los lugares de perdición. A los tradicionalistas se les había adjudicado el cabaret Satán y ya estaba prevista la entronización del Sagrado Corazón de Jesús para que no quedara huella del Maligno. Hasta el general Mola —que había vaticinado imprudentemente que Madrid sería tomado por la quinta columna— no había vacilado en afirmar que el día 7 se tomaría un café en la terraza de Molinero, el conocido establecimiento de la Gran Vía.

¿Qué ocurría, entretanto, en la capital a quien todos daban por perdida y cuya caída auguraba el fin de la guerra civil?

El fracaso de los contrataques desencadenados en Seseña y Valdemoro habían dado paso a la idea, profesada en las alturas republicanas, de que la capital no tenía defensa posible. Las vanguardias de moros y legionarios estaban ya en Villaverde, en los Carabanchales. Los atacantes hablaban telefónicamente con Madrid, anunciando su inminente arribada. Pero, frente a la dejación gubernamental, estaba brotando una reacción espontánea, popular, cuya voz cantante la llevaban los partidos, los sindicatos. Al grito de «¡Los moros están en el Manzanares!», los madrileños como movidos por un gran resorte colectivo, se estaban poniendo en pie de guerra. La movilización de los hom-

bres útiles llevaba a hacer trincheras, a ocupar los puentes, a montar barricadas, a acantonarse en los puntos por los que el ataque rebelde intentaría su penetración en la mole urbana de la ciudad.

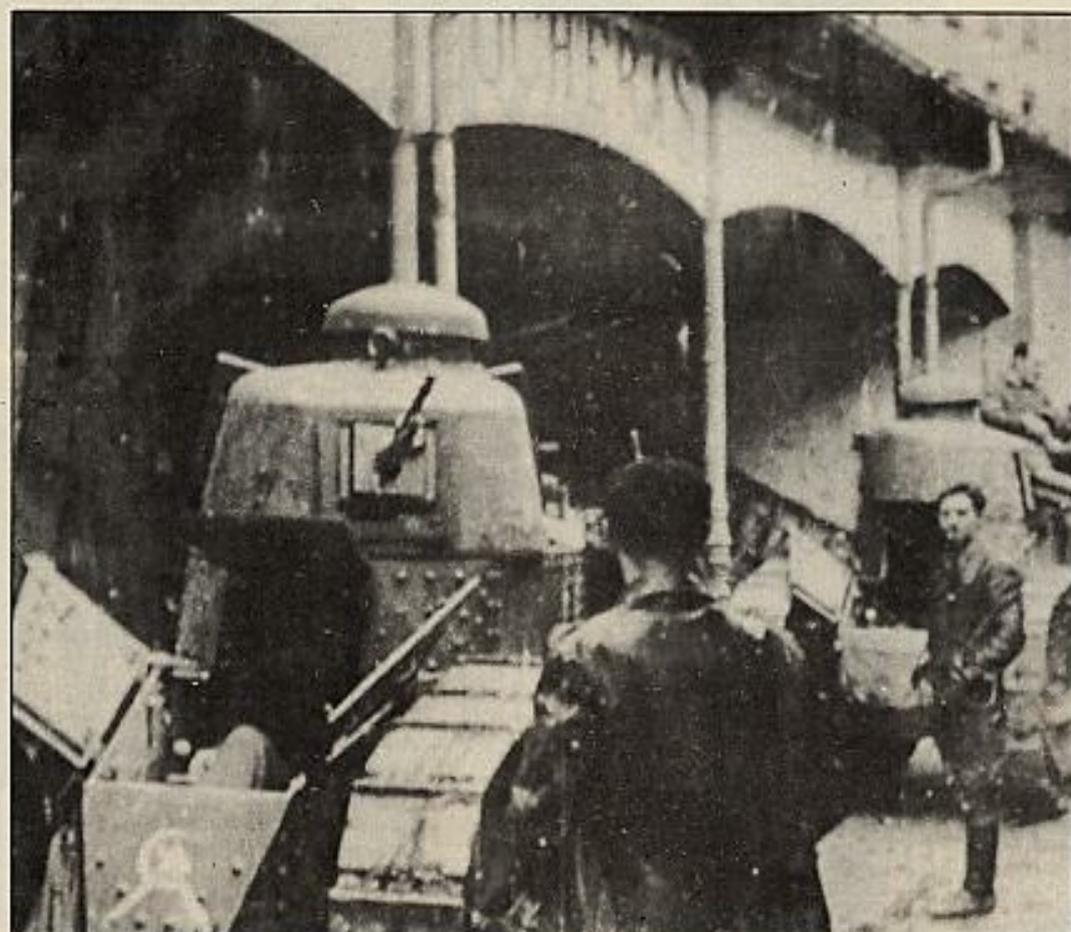
El grito de «¡No pasarán!», se hizo coro general. Dolores Ibárruri encabezaba una manifestación de mujeres incitando a la resistencia. La sede del 5.º Regimiento, en la calle Francos Rodríguez, era centro de organización y lugar de recluta. En la radio se sucedían las alocuciones de Alberti, de Herrera Petere, de María Teresa León. Altavoces ambulantes repetían consignas, estimulaban a la resistencia, hacían vibrantes llamamientos. Los confederales habían puesto a disposición del Gobierno, 40.000 trabajadores a los que pronto se vería ir con sus tarteras hacia los puntos de peligro. Madrid se convirtió en una sucesión de pancartas que en Atocha proclamaban: «En Badajoz, los fascistas fusilaron a dos mil. Si Madrid cae, fusilarán a media ciudad.» En Cuatro Caminos decían: «Defendamos Madrid, Nuestras mujeres no serán nunca atropelladas por los moros.» En Tetuán: «¡Cada pulsación para la defensa de Madrid!» Y en las arcadas de la Plaza Mayor, bajo un monumental «¡No pasarán!» campeaba la afirmación rotunda: «Madrid será la tumba del fascismo». Pero, sería el titular de un periódico de trincheras el que afirmaría con la más recia bravura el imperativo del grave momento:

«El Gobierno ha decretado la movilización general de los hombres de 20 a 45 años. ¡Todo cristo a disposición y bajo las órdenes del Gobierno!»

Se había llegado al 6 de noviembre y el Gobierno a cuya disposición se ponía un caudal de energías humanas movidas por resortes ibéricos, un pueblo llano que reaccionaba a impulsos elementales, ideológicos y patrióticos, estaba preparando sigilosamente su huida a Valencia, después de haber pedido a sus huestes resistir hasta el último hombre. En la tarde del 6, los ministros hicieron las maletas y emprendieron la marcha hacia la capital levantina. Poco después se extenderían por la ciudad los primeros rumores que propalaban la huida del Gobierno Largo Caballero. Antes de irse, el subsecretario de Guerra, general Asensio, entregó un sobre al general Pozas como jefe de los ejércitos del Centro y otro al general Miaja cuyo mando se reducía a la guarnición de Madrid; y se los entregó, con la indicación de que no los abrieran hasta las seis de la mañana del día si-

guiente. Ambos generales decidieron no esperar hasta la hora indicada. Al abrirlos se dieron cuenta de que, en aquella hora de confusión, el contenido de los sobres había sido cambiado. El general Pozas a quien se le ordenaba retirarse a Taracón y fijar allí su cuartel general había recibido en su carta, las instrucciones destinadas al general Miaja al que se le designaba responsable de la suerte de Madrid como jefe de la Junta de Defensa. Si los dos generales se hubieran separado y demorado la lectura hasta la hora ordenada, es muy probable que la página guerrera que se escribió con la defensa de Madrid, no hubiera tenido lugar.

Pero en la calle, el clima se había creado. Los himnos, las arengas y las pancartas estaban galvanizando a un pueblo que había fundido el frente con la retaguardia porque Madrid estaba ya en primera línea. A la confirmación de la noticia de la marcha del Gobierno, la reacción popular se expresó en un grito de origen confederal e inspiración castiza que clamaba: «¡Viva Madrid sin Gobierno!» La respuesta, altanera y desgarrada se sobreponía a lo sombrío de las circunstancias y a lo crítico del momento. Aquel día 6 había sido crudo, gris. Gentes de Usera, de Campamento llegaban como última oleada de una marea humana arrojada de sus hogares por el huracán de la guerra. Aquel mismo día, la aviación rebelde había bombardeado la capital. A las tres de la tarde, ante la inminencia del peligro, se habían cerrado oficinas y tiendas. Las calles se habían convertido en paso exclusivo de cañones, de carros blindados, de hombres movilizados que iban, en su gran mayoría, a ocupar los lugares donde había que fortificar para defender algo que en aquellos momentos estaba adquiriendo un valor real y simbólico, pero cuya defensa no estaba militarmente organizada. Las radios transmitían sin tregua alguna, órdenes incitando a la resistencia. Los hombres amontonaban adoquines con vocación de parapetos, mientras la voz del pueblo se expresaba vibrantemente con deje retrechero: «¡vamos a mandar a los moros a hacer puñetas!»; «¿Tomar Madrid? ¡Miau!»; «¡Que no pase un moro sin que lo capen!» Los cines proyectaban «Tchapaiev» en el Capitol; «La Patria os llama» en el Monumental. Los altavoces hacían sonar la Internacional por unas calles a las que la noche no había hecho perder su trepidación. Era una noche en la que los hombres apostados en la Casa de Campo o en Legazpi, atrin-



Tanquetas de las brigadas internacionales en las cocheras de tranvías madrileñas.

cherados en el puente de Segovia o en el de los Franceses o parapetados en el Baztán, tenían la evidencia de que el día siguiente, 7 de noviembre, sería el día D.

Y lo fue. «El Socialista», con gran derroche tipográfico, decía en aquella fecha crucial:

«Hoy día decisivo. La vanguardia y la retaguardia, el pueblo entero entra hoy en acción para que Madrid no caiga en poder del fascismo».

El ataque había comenzado, sin que todavía Miaja hubiera podido hacer algo más que dar la orden de, «Resistir sin ceder un palmo de terreno». Sería el teniente coronel Rojo como jefe del Estado mayor de la Defensa, quien febrilmente coordinaría los sectores neurálgicos para aguantar la primera acometida. Y se resistió: en la Casa de Campo, en la carretera de Toledo, en Campamento, en todos los puntos por los que quería forzarse la penetración, la oposición fue dura, encarnizada. Los defensores habían encontrado el mejor estímulo en la idea de estar defendiendo sus propios hogares, su propia tierra. Aquella tarde, un lance afortunado iba a

permitir al mando de la defensa entrar en las intenciones de los asaltantes. La destrucción de un tanque nacional hizo posible el apoderarse de unos documentos que estaban en posesión del oficial que lo tripulaba. Estos documentos eran nada menos que el plan de ataque a la capital. Su conocimiento permitió dosificar los efectivos, reforzar los puntos clave de una resistencia que había visto su moral acrecentada, al anuncio de que unos hombres llegados de los más distantes meridianos, afluirían a un Madrid al que los antifascistas de todas partes, para insuflarle el más alto valor de símbolo, empezaban a llamar «capital del mundo». Las gentes transmitían la noticia: «¡Los rusos, han llegado los rusos!» Pero no eran rusos los que iban a desfilar por la Gran Vía, marciales y bien equipados. Eran los voluntarios de la Brigadas Internacionales, unos dos mil hombres entre franceses, alemanes, polacos, belgas, yugoslavos, búlgaros, húngaros que formando batallones entrarían en la leyenda de la defensa de Madrid. Una leyenda que, bueno es recordarlo, empezó a escribirse tan

sólo con españoles, con madrileños que declinaban el ¡No pasarán! en castellano claro.

Y amaneció el día 8. La portada de «Mundo Obrero», recogía el sentir del instante: «El Madrid del 2 de mayo, el del 18 de julio no puede ser fascista». Aquel día, la batalla fue durísima. A los proyectiles rebeldes respondía una artillería republicana que estaba emplazada en el Retiro, en Atocha. Aquel día, los bombarderos enviados por Franco encontraron en su ruta los «chatos» soviéticos que iban a vender caro el cielo madrileño. A lo largo de toda la jornada el frente de Madrid no había cedido sustancialmente. Lo que parecía iba a ser una entrada semejante a un paseo militar, se estaba convirtiendo en una batalla encarnizada. Y el crepúsculo caería sobre el día 8 y sobre el 9, y los días

se irían sucediendo, acunando la aureola de la defensa de Madrid, el Madrid chispero que a los atroces sufrimientos del asedio, del hambre, de la miseria y de las bombas, oponía su espíritu de resistencia que se hacía copla, como aquella que buscaba su origen en el Madrid de Pepe Botella:

«Con las bombas que tiran los aviones, hacen los madrileños tirabuzones.»

O como la que siendo pura canción hispánica, llegó a cantarse en los idiomas de la babel de los internacionales:

«Puente de los Franceses

¡mamita mía!

nadie te pasa,

porque los milicianos

¡mamita mía!

que bien te guardan».

Periodistas, enviados por los más importantes rotativos, fueron testigos y en calidad de tales se lo contaron al mundo, de una página histórica a la que fue incapaz de darle la vuelta la batalla de cerco que se escribiría en la Ciudad Universitaria, en la carretera de La Coruña, en el Jarama, hasta culminarse en el episodio de Guadalupe. Madrid sería la primera gran urbe que sufriría los horrores de la

moderna guerra aérea, agravada porque el aguante y la resistencia de los defensores hizo endurecer el tratamiento de las bombas y los proyectiles hasta sembrar la desolación, en una ciudad que hacía vida subterránea y cuyo aprovisionamiento llegó a depender de una sola y secundaria vía de comunicación con el resto de la zona leal.

Y la resistencia siguió siendo indomable, hasta producirse el más sorprendente fenómeno de adaptación, entre hambre y frío, a una guerra que se tenía a las mismas puertas.

A los cuatro meses de haber llegado las tropas de Franco a las riberas del Manzanares, el periódico de una unidad combatiente resumía así la situación:

«El día 7 hizo cuatro meses que el fascismo internacional ataca a Madrid. Todos los que han atacado se han roto los cuernos en nuestros parapetos y los que vengan, también se los romperán.»

Como si hubiera sido un presagio, un día después se iniciaba la ofensiva que con tropas regulares italianas iba a extenderse por los llanos de Guadalajara. El día 14 un contraataque republicano desmontaba la ofensiva y ponía en fuga a los hombres de Mussolini. «Castilla Libre», periódico confederal de Madrid titulaba así la noticia:

«Madrid no es Addis-Abeba, pero Trijueque se parece mucho a Caporetto.»

Tal vez fuera esta la única incidencia bélica cuyo desenlace puso de acuerdo a los españoles que se batían a uno y otro lado de la trinchera mediante un sentimiento de orgullo compartido. En el banco republicano, el libertario Antonio Agraz cantó la copla así:

«Bergonzoli sinvergüenza  
general de las derrotas  
si quieres tomar Almadrones  
con los bambinos que portas  
no vengas con pelotones.  
¡Hay que venir con pelotas!»

En el bando de Franco, el episodio se juzgó más como una victoria española que como una derrota nacional. Y con música de «Faccetta Nera», se cantaba:

«Guadalajara no es Abisinia  
corre que corre que se nos echan encima.»

Cortado el paso por tierras alcarreñas, los sitiadores tardarían dos años en poder ir de la Moncloa a la plaza de España y desde el cerro de Garabitas a la Cibeles. Así quedó escrita la defensa de Madrid, iniciada un mes de noviembre del que se cumplen ahora cuarenta y cinco años. R. A.

# LA BATALLA POR MADRID

SANTIAGO ALVAREZ

**C**ON el crepúsculo del 6 de noviembre de 1936, caían sobre Madrid los primeros proyectiles lanzados por los obuses de las fuerzas adversarias del poder republicano.

Sometida desde hacía ya meses a constantes bombardeos aéreos, que destruían los hogares y hacían miles de bajas en la población civil, la ciudad se veía ahora ante la acción directa de la artillería, augurio siniestro de que la capital del Estado iba a vivir jornadas decisivas. La principal fuerza militar de que disponían los de enfrente, el Ejército del Tajo, reagrupado y estructurado durante 18 días después de la conquista de Toledo, estaba a las puertas de la Villa y se disponía a lanzarse a su asalto.

El hecho de que los primeros obuses cayesen sobre las calles de Madrid, de que los Ejércitos adversarios estuviesen a sus puertas, demostraba que el incipiente Ejército Popular, empezado a estructurar a partir del 10 de octubre, y los restos de las antiguas mili-

cias, no habían podido contener su progreso a pesar de algunos contraataques.

En la llamada zona nacional era general la opinión de que el Madrid republicano no resistiría su ofensiva. Parece que así lo creían también el propio Franco y su Estado Mayor.

Una creencia similar, aunque no tan generalizada, existía en nuestra zona. Alcanzaba a militares del Ministerio de la Guerra y hasta a ministros del Gobierno. Ciertamente, defender Madrid no era fácil. Tampoco era imposible, sin embargo. Los hechos vinieron a demostrar el error de quienes no creían en su defensa.

Para las fuerzas democráticas, el dilema residía en que Madrid siguiese siendo o no la capital de la República, su soporte moral, como era el epicentro geográfico de España. Si sucumbía al impulso de los atacantes, la resistencia republicana llevaría un golpe de muerte. El fin sería inmediato.

La solución del dilema no se situaba en el terreno militar exclusivamente. En realidad, lo militar es, por defini-

Santiago Alvarez, autor de este artículo, con el general Miaja.

